
Tradición huichola y arqueología en la región de Huejuquilla, Jalisco

Marie-Areti Hers
UNAM

Tradición histórica y arqueología

La vereda, interminable, serpentea y baja hacia Pochotita. Entre peñascos y pinares, los ranchos ocupan los breves descansos al borde de los precipicios. En la profundidad del cañón, brillan los meandros del Chapalagana. Estamos en tierras huicholas, en la comunidad de Santa Catarina, acompañando a una comitiva hopi de Arizona.¹ Los viajeros buscan comprobar su antigua tradición acerca del origen sureño de varios de sus clanes. Muy entrada la noche, al final de un largo intercambio entre los visitantes y la asamblea reunida, tomó la palabra Alfredo Ponciano, sabio *kawitero* de Tuapurie. Con gran acierto, sintetizó aspectos fundamentales de la historia antigua de la Sierra Madre Occidental que la arqueología poco a poco va develando. Mencionó específicamente la región colindante de Huejuquilla, probablemente porque sabía que entre los visitantes algunos de nosotros participamos en la creación y el cuidado de su museo comunitario *Tatuutsima*, pero también por el interés que habían expresado los viajeros hopis por encontrar los testimonios que pudieran haber dejado sus antepasados en sus antiguas migraciones: "los que vivían allá, en la región de Huejuquilla, eran nuestros vecinos, pero eran diferentes, porque nosotros venimos del mar. Ellos se fueron al norte, dejaron trazas de ello".

1. El presente trabajo se inscribe en el marco del proyecto *Las Vías del Noroeste* (CONACYT 40611-S, PAPIITIN 308602).

Por las reglas protocolarias que imperaban en la asamblea así como por los imponderables que marcaron el periplo de los viajeros hopis, no pudimos saber más sobre lo que sentenció nuestro huésped. Después, el diálogo entre huicholes y hopis se derivó sobre el tema del mar y cómo ambas comunidades reconocen proceder de ahí. Solamente se había entreabierto la puerta sobre un posible intercambio de ideas entre lo que se puede vislumbrar a partir de trabajos arqueológicos y lo que conserva la tradición *wixarika* sobre hechos ocurridos siglos atrás.

A pesar de la brevedad del testimonio, su importancia es innegable, tanto porque nos permite confrontarlo con las evidencias arqueológicas como porque son todavía tan pocas las posibilidades de diálogo entre estas dos vías de percibir el pasado. Por ello nos detendremos sobre la aseveración del sabio *kawitero* y la compararemos con lo que nos dice la arqueología.

El primer aspecto que toca el testimonio de Alfredo Ponciano es la variedad cultural adentro de la sierra: “eran nuestros vecinos, pero eran diferentes”. Ahora, como tiempo atrás, es notable la variedad que ostentan en sus lenguas y tradiciones los coras, huicholes, mexicaneros y tepehuanes que comparten el escarpado relieve de la cordillera, más allá de una evidente unidad fruto de siglos de vecindad. Por lo poco que sabemos de su historia, tal diversidad parece tener una gran profundidad histórica, originada tanto por las variaciones en el medio geográfico, como por el origen y el devenir de los diversos pueblos que poblaron la serranía, en cuyo centro particularmente escarpado se sitúa la comunidad de Santa Catarina.

Los antiguos vecinos de la comunidad de Santa Catarina

Al este del territorio huichol, corren la barranca y los profundos cañones del río Mezquitic-Bolaños en donde durante siglos floreció una cultura que participó

plenamente de la gran tradición de las Tumbas de Tiro del Occidente y su singular arquitectura de planta circular. Los trabajos arqueológicos realizados en las últimas décadas han documentado cómo los pobladores de esta cuenca mantuvieron estrechos lazos, al sur, con los pueblos que rodeaban el volcán de Tequila, pero también con los del altiplano nayarita. En particular, los maestros alfareros nos revelan en el estilo particular de sus obras, una marcada afinidad con el llamado estilo Lagunillas de Nayarit.² Además de los estrechos lazos con los pueblos del Occidente, los restos cerámicos atestiguan que los habitantes de esta cuenca del Mezquitic-Bolaños tuvieron, como era de esperarse, relaciones con los de las regiones colindantes donde floreció durante el primer milenio de la era la llamada cultura chalchihuiteña. Entre las diversas partes del territorio de dicha cultura, nos interesa en particular aquí, la región cercana de Huejuquilla en la cuenca del alto Chapalagana, aguas arriba de Pochotita.

El alto Chapalagana o Atenco

El largo curso del Atenco-Chapalagana se inicia relativamente cerca del poblado de Chalchihuites en el alto Suchil³ y después de recorrer más de cien kilómetros rumbo al sur, en el corazón del territorio huichol se une al río de Huajimic para conformar el Huaynamota, el cual a su vez fluye hacia el poniente y recibe las aguas del río cora de Jesús María antes de confluir en el Grande de Santiago. Los trabajos exploratorios de J. Charles Kelley sobre el Atenco en la cercanía de Jiménez del Teúl indicaron, como era de esperarse, una ocupación chalchihuiteña en esta parte intermedia entre lo que se ha llamado la rama Suchil de dicha cultura y la región de Huejuquilla.⁴ Las breves informaciones reunidas indican así una continuidad geográfica y cultural entre la región de Huejuquilla y las de Sombrerete y Chalchihuites.⁵ Por lo tanto, a pesar de que todavía no se disponen de informaciones arqueológicas para el propio territorio de la comunidad

2. Para la cuenca del Mezquitic-Bolaños, existen los amplios trabajos del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, citemos, por ejemplo, tres de María Teresa Cabrero, *Civilización en el Norte de México, Arqueología de la Cañada del río Bolaños, Zacatecas y Jalisco* (1989, Serie Antropológica, 103); Cabrero y Carlos López C. *Civilización en el Norte de México* (2002, vol. II); *El hombre y sus instrumentos en la cultura Bolaños* (2005). Trabajos que vinieron a completar los pioneros de Ales Hrdlicka: "The Region of the Ancient Chichimecs with Notes on the Tepecanos and the Ruin of La Quemada, México", *American Anthropologist*, vol. 5, núm. 3, 1903, pp. 385-440.
3. En la cuenca del alto Suchil, las corrientes de agua se dirigen hacia el norte hasta confluir en el valle de Nombre de Dios con el Tunal procedente del norte y formar el río Mezquitil-San Pedro, el único que cruza la Sierra Madre Occidental.
4. J. Charles Kelley (ed.). *Northern Frontier of Mesoamerica; First Annual Report (August 15, 1961-August 15, 1962)*. Carbondale, Illinois, February, 1963, pp. 3-4.
5. Ver, en particular, J. Charles Kelley. "Archaeology of the Northern Frontier: Zacatecas and Durango". Gordon F. Ekholm e Ignacio Bernal (eds.). *Archaeology of Northern Mesoamerica*, part 2. *Handbook of Middle American Indians*. Austin: University of Texas Press, vol. II, 1971, pp. 768-804.

de Santa Catarina, sabemos que antaño colindó con dos tradiciones bien diferenciadas, la de las Tumbas de Tiro del Occidente y la chalchihuiteña de la Mesoamérica septentrional. Examinaremos esta última, por ser a la cual hizo alusión nuestro interlocutor huichol.

Los vecinos del norte

La región de Huejuquilla ofrecía importantes ventajas a los habitantes mesoamericanos que la poblaron a lo largo del primer milenio de nuestra era. Resalta ante todo la notable variedad de los nichos ecológicos que se escalonan desde la amplia barranca del Chapalagana hasta las tierras altas que la bordean. Su relieve ofrecía también a los antiguos habitantes las defensas naturales que resultaron tan importantes para su seguridad. Finalmente, la región se encuentra en un cruce de caminos naturales. Por una parte, es una entrada a la sierra desde el altiplano al este, sin tener que cruzar ningún obstáculo mayor y, llegando a ella, se ha penetrado profundamente en el interior de la cordillera. Por la otra, la cuenca del Chapalagana conforma un eslabón importante del amplio corredor de la Sierra Madre Occidental que jugó un papel determinante en la expansión mesoamericana hacia el Norte.

El período mejor conocido de la ocupación de esta porción de la Sierra corresponde al primer milenio de nuestra era. Para las épocas más remotas, aún no se tienen datos, por la parquedad de los vestigios que pueden haber dejado poblaciones probablemente reducidas y dispersas. Para el largo periodo comprendido entre el siglo x y la creación de la Frontera de Colotlán a finales del xvi, también carecemos de evidencias arqueológicas. Solamente sabemos por documentos posteriores que entre los siglos x y finales del xvi llegaron a la región nuevos pobladores. Se trata de los zacatecos, que se encontraron en la barranca del río con el famoso capitán Miguel Caldera en su entrada a la sierra para preparar la llamada Paz Chichimeca.

Eran probablemente parientes de los zacatecos que, tiempo atrás, estaban instalados encima de las ruinas de La Quemada cuando llegó hasta ahí la temprana expedición de Nuño de Guzmán. Estos zacatecos, de tradición norteaña muy distinta a la mesoamericana, se habían instalado en el territorio abandonado por los chalchihuiteños en el siglo noveno. A invitación del capitán Miguel Caldera, los zacatecos de la barranca del Atenco-Chapalagana aceptaron aliarse a la corona española como flecheros, se congregaron y fundaron el poblado de Huejuquilla quedando bajo el mando directo de los tlaxcaltecas de Colotlán. Probablemente como una táctica para defender mejor su territorio poco poblado de los colonizadores españoles, cedieron una parte a los huicholes quienes fundaron así Tenzompa, San Cristóbal (mudado después a La Soledad) y San Nicolás.⁶ Tales asentamientos huicholes persistieron hasta la segunda mitad del siglo XIX cuando, después de la derrota de Manuel Lozada, los huicholes tuvieron que retirarse al sur, hacia Santa Catarina y San Andrés.

A todas luces, el testimonio de Alfredo Ponciano no se refiere a estos eventos de los últimos siglos, sino, como veremos, a tiempos más remotos aún, cuando efectivamente parte de los antiguos pobladores de la región de Huejuquilla se fueron para el norte y dejaron grabados en la roca en memoria de esto. Los aludidos parecen ser los que ocuparon la región durante el primer milenio. Les podemos dar tres denominaciones, aunque nunca sabremos cómo se llamaban a sí mismos. Por su cultura, como ya señalamos, podemos llamarlos chalchihuiteños y subrayar así las profundas similitudes que revelan los materiales arqueológicos con los pobladores de las otras partes del amplio territorio de esta cultura, como son por ejemplo los tipos cerámicos, las formas arquitectónicas más simples, los ritos funerarios, la iconografía y los ideales guerreros. También, de modo más preciso, podemos llamarlos huistleños a partir del nombre del sitio del Cerro del Huistle que fue excavado con amplitud y que constituyó en sus tiempos uno de los asentamientos

6. Para la visita en la región de Miguel Caldera y la fundación de Huejuquilla y Tenzompa, ver un amplio testimonio en AGN, *Provincias Internas*, 129, 2, 271-297. Para la Frontera de Colotlán, ver María del Carmen Velázquez. *Colotlán, doble frontera contra los bárbaros*. México: UNAM, 1961. Actualmente, la comunidad huichola de Haimasié es probablemente el remanente de esta presencia huichola durante la época colonial en la Sierra de Tenzompa al sur del municipio de Huejuquilla.

más importantes de la región. De esta manera, subrayaríamos sus peculiaridades como chalchihuiteños de una región serrana en donde el medio no propició los asentamientos grandes sino pequeñas aldeas de no más de dos hectáreas a lo sumo o simples rancherías de menos de una hectárea. Finalmente, también los podemos llamar, como a muchos otros pueblos chalchihuiteños, toltecas chichimecas porque se reconoce en su cultura un conjunto muy coherente de elementos del ámbito religioso, político y militar propio de los toltecas chichimecas cuando, según las fuentes históricas indígenas, como inmigrantes procedentes del norte, impusieron su poderío y fundaron la poderosa Tula. En esta perspectiva, podemos suponer que hablaban nahua y se emparentan de este modo con los actuales mexicaneros de la sierra sur de Durango o los cazcanes del sur de Zacatecas del siglo XVI.

Frontera geográfica y frontera cultural

Cuando, en los años setenta, se llevó a cabo una serie de recorridos de superficie en la región de Huejuquilla (ver figura 1),⁷ se tomó como límite natural al sur la masa del Afiladero que se yergue sobre la ribera derecha del Chapalagana. Encerrada entre el Afiladero y las estribaciones de la Sierra de Tenzompa, la amplia barranca se va cerrando y el río se hunde en las profundidades de un inhóspito cañón. Tal límite marcado por el relieve parece haber tenido relevancia desde tiempos remotos y corresponde actualmente al límite norte del núcleo del territorio tradicional huichol. Durante la bajada hacia Pochotita, se aprecia en el horizonte rumbo al norte, la alta silueta del Afiladero que se yergue como un vigía entre estos dos territorios: aguas arriba la ancha barranca del alto Chapalagana o Atenco, dominada actualmente por el poblado de Huejuquilla el Alto; aguas abajo, el estrecho y profundo cañón que separa las comunidades de Tuapurie (Santa

7. Trabajos realizados dentro del proyecto Sierra del Nayar de la Misión Arqueológica Belga. Ver Claudine Deltour-Levie *et al.* *L'architecture des villages préhispaniques dans la Sierra del Nayar; prospections de la Mission Archéologique Belge au Mexique-Projet Sierra del Nayar*. Louvain-La-Neuve, 1993 (Publications d'Histoire de l'Art et d'Archéologie de l'Université Catholique de Louvain, LX); Marie-Areti Hers. "Colonización mesoamericana y patrón de asentamiento en la Sierra Madre Occidental". Brigitte Boehm y Phil Weigand (eds.). *Origen y desarrollo de la civilización en el Occidente de México*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1992, pp.103-136.

Catarina Cuexcomatitán) y de Tateikie (San Andrés Coamiata).

En la región de Huejuquilla se han hecho amplios trabajos arqueológicos vertidos recientemente en el museo comunitario *Tatuutsima*.⁸ Pero en tierras huicholas se cuenta, por ahora, solamente con exiguos trabajos de salvamento, aún inéditos, ligados a obras de infraestructura. Se desconoce por lo tanto la historia antigua del actual territorio huichol. Sin embargo, a juzgar por su relieve mucho más accidentado y por el testimonio ya referido, es de esperar encontrar diferencias entre los antiguos pobladores de la región de Huejuquilla y los que antecedieron a los actuales huicholes en el núcleo de su territorio tradicional. Este desconocimiento del pasado huichol se refiere, hay que subrayarlo, solamente en cuanto a la arqueología y al mundo exterior a los *wixaritari*. A juzgar por el testimonio ya referido de Alfredo Ponciano, es muy probable que la tradición huichola conserve mucho más ampliamente su propia visión del pasado histórico, pero hasta ahora esto no ha trascendido y no ha sido indagado en los estudios etnográficos.

Jugando a la pelota

Al acceder a la estrecha cumbre del Cerro Colomos, una alta bufa que se desprende del Afiladero hacia el río, se reconocen los vestigios de un asentamiento del primer milenio de nuestra era que, a pesar de su humilde apariencia ha de haber jugado un papel destacado en la historia antigua de la sierra. Su acceso, de por sí bastante abrupto, se ve dificultado por una serie de muros que otrora le daban al lugar su carácter de refugio temporal para los pobladores de los ranchos instalados en la falda norte de esta bufa, sobre una serie de terrazas artificiales, en el paraje del Rincón San Vicente. Tal refugio temporal contaba con unos cuantos pequeños cuartos distribuidos sobre los estrechos planos al borde del precipicio. Se reconocen en la superficie los cimientos de piedra pero, además, se distinguen los

8. Marie-Areti Hers. *Los toltecas en tierras chichimecas*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1989 (Cuadernos de Historia del Arte, 35); "La Sierra del Nayar en el contexto del Septentrión Mesoamericano". Martha Fernández y Louise Noëlle (eds.). *Estudios sobre Arte; sesenta años del Instituto de Investigaciones Estéticas*. México: UNAM, 1998, pp. 45-55; "El hombre y la montaña. Vivir en los confines septentrionales de Mesoamérica". *Historia de la vida cotidiana en México*. México: FCE-El Colegio de México, 2004, t. I, pp. 137-166.

9. Marie-Areti Hers. "Los objetos de cobre en la cultura Chalchihuites". José Guadalupe Victoria (coord.). *Un hombre, un destino y un lugar; homenaje a Federico Sescosse*. México: Gobierno del Estado de Zacatecas, 1990, pp. 45-60. Para una descripción detallada de esta ocupación antigua del Afiladero, ver Deltour *et al.*, *op. cit.*, pp. 209-314.

10. Curiosamente, no muy lejos al norte, sobre el límite entre Zacatecas y Jalisco, a proximidad del rancho del Carrizal, hace decenios, los rancheros aprovecharon el espacio plano de un asentamiento prehispánico para despejar el terreno y adaptarlo para rústicos encuentros interestatales de beisbol: ver Deltour *et al.*, *op. cit.*, p. 226.

restos de otra construcción. La parte más alta ha sido transformada en una explanada alargada sobre la cual corren paralelas las dos banquetas bajas y estrechas de una cancha de juego de pelota. Esta cumbre jugó así un papel estratégico pero fue también el lugar de encuentros de gran relevancia religiosa y política. Como lugar privilegiado de donde vigilar un amplio horizonte, protegió a los antiguos campesinos que cultivaban las tierras del flanco norte y, en la estación de secas, explotaban los placeres del río, aguas abajo, en el sitio de Socota para sacar probablemente el cobre nativo utilizado para hacer sonajas.⁹

Estos estrictos dispositivos defensivos son característicos de los asentamientos que florecieron durante el primer milenio de la era en la región de Huejuquilla y, en general, en el amplio territorio de la cultura chalchihuiteña de la cual formaba parte. Lo notable es la presencia de una cancha de juego de pelota en un lugar tan exiguo, rodeado casi completamente de precipicios, particularmente al sur donde la pared se eleva verticalmente sobre doscientos cincuenta metros. Se trata de un caso particularmente elocuente de la asociación entre esta práctica religiosa-deportiva y la actividad bélica. Es legítimo suponer que en ciertas circunstancias el azar del juego sustituía el incierto desenlace de la guerra. En un conjunto de grabados aguas arriba, los mismos antiguos pobladores de la región nos dejaron una imagen vívida de un encuentro de este tipo. Sabemos así que se trataba de equipos de dos personas cada uno, lo que va acorde con las dimensiones muy reducidas de la mayoría de las canchas chalchihuiteñas.

En el caso del Afiladero, no solamente la cancha se encuentra en un bastión natural fortificado sino que, como vimos, se ubica en el contacto entre dos zonas geográficas distintas que parecen haber correspondido en cierta manera a territorios de pueblos distintos. Los jugadores quizás pertenecían a estos grupos vecinos bien diferenciados como nos subrayó Alfredo Ponciano.¹⁰ (ver figura 2)

Diferencias y convergencias entre vecinos

Desde la cancha del Afiladero, se contempla el territorio de los *wixaritari* hacia el sur: “[Los de Huejuquilla] *eran nuestros vecinos pero eran diferentes*”, nos subrayó el sabio *kawitero*. Frente a la carencia de informaciones arqueológicas para el núcleo del territorio huichol, es difícil apreciar qué tanto se diferenciaban en la antigüedad los pobladores de estas dos regiones vecinas. Y esta diferenciación habría que ser matizada. Por una parte, es muy posible que en el territorio de los huicholes, mucho más abrupto que el de Huejuquilla, el patrón de asentamiento y, en general, el modo de vida, hayan sido distintos. Sin embargo, como veremos, tanto entre los actuales *wixaritari* o huicholes como entre los *nayeri* o coras reconocemos rasgos que remontan a la presencia chalchihuiteña en partes de la Sierra Madre Occidental. Hoy como ayer, parece que más allá de las estrictas exigencias impuestas por un medio ambiente severo, los pobladores de la sierra desarrollaron culturas distintas pero al mismo tiempo participaron de un mismo universo de prácticas e ideas que los hermanan, por lo que pretender trazar límites precisos en el tiempo o en el espacio resulta vano. Lo que parece más claro es que, efectivamente, la historia de los lejanos antepasados de los *wixaritari* se diferencia de la de los antiguos pobladores de la región de Huejuquilla tanto por su origen como por su destino final.

En cuanto a su origen, el sabio *kawitero* afirmaba que habían procedido del mar. Mientras, para los huistleños y para los chalchihuiteños, la arqueología apunta en general más bien hacia un origen en el centro de México, al inicio de nuestra era.¹¹ La tradición huichola de un origen en el mar viene a ser confirmada por los datos arqueológicos que atestiguan la importancia de los lazos de los serranos con los habitantes de la costa sobre todo en los primeros siglos de nuestra era. En el caso de la cuenca del Mezquitic-Bolaños, como señalamos, es indudable su pertenencia

11. Patricia Carot y Marie-Areti Hers. “La gesta de los tolteca chichimecas y de los purépechas en las tierras de los Pueblos Ancestrales”. Carlo Bonfiglioli, Arturo Gutiérrez y María Eugenia Olavaria (eds.). *Las Vías del Noroeste, 1: una macrorregión indígena americana*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2006, pp. 47-82.

al ámbito de la tradición de las Tumbas de Tiro y en particular sus fuertes lazos con los pueblos nayaritas que desarrollaron el estilo Lagunillas. Más que objetos de intercambio, son todos los aspectos de su cultura que apuntan hacia un origen en el Occidente, con algunos elementos cerámicos exógenos que proceden de los vecinos chalchihuiteños. Mientras que entre los huistleños, a la inversa, reconocemos como elementos ajenos a su tradición original algunas esculturas semihuecas y vasijas que reproducen estilos propios de las Tumbas de Tiro o que provinieron directamente de estas tierras occidentales. En ambas regiones, la profusión de adornos corporales en conchas procedentes del Pacífico nos revela la intensidad de los intercambios que unían a todos los serranos con la costa, independientemente de su origen.

Unas pocas generaciones después de haberse instalado en la región, los huistleños ya habían establecido nexos muy estrechos con los pueblos costeros. Ignoramos por ahora lo que ofrecían en sus intercambios que les proporcionaban abundantes y variados ornamentos corporales en concha procedentes del Pacífico. Así, por ejemplo, hombres y mujeres ceñían sus caderas con un sonoro faldellín adornado con varias hileras horizontales de conchas tubulares trabajadas en *Serpulorbis oryzata* y un joven de alta jerarquía fue enterrado con un magnífico gorro recubierto con la concha de más de dos mil pequeños gasterópodos del género *Olivella* además de otras insignias de su rango.¹²

Pero, más allá de un origen aparentemente distinto, ¿cuán distintos eran los huistleños de los antepasados de los huicholes? Cuando iniciamos los trabajos en la región de Huejuquilla, uno de los principales objetivos era el de documentar el remoto pasado huichol y relacionarlo con su vigorosa cultura actual. Sin embargo, por diversas razones, escogimos la región de Huejuquilla en lugar del territorio de alguna comunidad huichola actual. En esta época, el acceso a las comunidades era solamente por largas jornadas a pie o

12. Enriqueta Olguín M. "Los ornamentos en concha del Norte de Jalisco", tesis de licenciatura, México: Escuela Nacional de Antropología e Historia.

en avioneta, lo que habría dificultado grandemente los trabajos. Mientras, en Huejuquilla llegaba un camino de terracería que con el tiempo habría de transformarse en una carretera trans-sierra. Además, en viajes preliminares que hicimos en la comunidad de San Andrés, nos percatamos no solamente de una aparente escasez o ausencia de restos arqueológicos, sino sobre todo, de la impertinencia de un proyecto arqueológico. En efecto, la labor arqueológica habría tenido un inevitable carácter de intrusión y aún en nuestros días, no se han establecido las condiciones adecuadas para una armoniosa colaboración entre arqueólogos y comunidades que conservan lazos sagrados con su territorio y su historia. Finalmente, como ya señalamos, por su ubicación y su configuración natural, la región de Huejuquilla se presenta como un lugar privilegiado en la sierra y era de esperarse que su historia antigua iba a ser en gran medida representativa de esta porción sur de la Sierra Madre Occidental. Por añadidura, el poblado cercano de Tenzompa, donde iniciamos los trabajos, había sido un asentamiento huichol hasta finales del siglo XIX.

Después de años de estudios, los resultados correspondieron solamente en parte con nuestras expectativas. Al terminar los trabajos arqueológicos y antes de abordar el estudio de su arte rupestre, habíamos quedado dubitativos, ante la dificultad de ponderar las similitudes y las diferencias.

Ante todo, existía este largo lapso, entre 900 y finales del siglo XVI, para el cual no se disponía de informaciones arqueológicas. Como vimos, corresponde al abandono de la región por parte de los huistleños mesoamericanos y la llegada en un momento dado de nuevos pobladores, los zacatecos, de tradición muy distinta.¹³ Sabemos que parte por lo menos de los huistleños se unieron a los otros grupos chalchihuiteños que hacia 850 de la era abandonaron sus poblados y migraron hacia el sur donde fueron conocidos como toltecas chichimecas. Otros más pueden haber migrado hacia el norte, a tierras duranguenas, donde la tradición

13. En los documentos de fines del siglo XVIII que publicó María del Carmen Velázquez (*op. cit.*), todavía se recalcan las diferencias culturales que existían entre los zacatecos de Huejuquilla y los huicholes de San Nicolás, La Soledad y Tenzompa.

chalchihuiteña persistió hasta el siglo XIII en los valles orientales de la Sierra Madre y hasta la llegada de los españoles al interior mismo de la cordillera. Finalmente, es muy probable también que familias enteras de huistleños se hayan retirado sierra adentro en las regiones colindantes cora y huichola. Notemos que esta ruptura entre la ocupación prehispánica mesoamericana y los pobladores del período colonial se repite para la cuenca del Mezquitic-Bolaños.

Así que para establecer una comparación entre los huistleños y el pasado prehispánico de los grupos indígenas actuales de la porción sur de la Sierra Madre Occidental, se requiere ampliar el área de estudio y adentrarse más en ella, donde probablemente la gran crisis del siglo décimo en la Mesoamérica septentrional no resultó en esta profunda ruptura que se constata en las regiones colindantes de Huejuquilla y del Mezquitic-Bolaños. Mientras, al intentar comparar culturas del primer milenio con culturas indígenas actuales, además del problema del espacio, tampoco se puede dejar de lado los inevitables cambios que se dieron durante el siguiente milenio entre los antepasados de los huicholes y de los coras. La sierra no puede haber quedado ajena a las profundas transformaciones que conoció el Occidente durante el período posclásico (900-1530) con fenómenos tan importantes como, por ejemplo, el llamado Complejo Aztatlán, la formación del estado tarasco y la tardía llegada adentro de la Sierra Madre desde el norte, de los zacatecos y de los tepecanos. También fueron muy agitados los tiempos de la Colonia, no solamente por el drástico despoblamiento del Occidente en general. La sierra misma fue sacudida por las repercusiones de la rebelión cazcana, la formación de la Frontera de Colotlán, la tardía creación del Nuevo Reino de Toledo y los altibajos del real de minas de Bolaños, por mencionar solamente algunos de los mayores eventos y los aspectos más visibles de su historia. Y para los dos últimos siglos, los tiempos no fueron más calmados, desde la larga guerra de Lozada hasta los cruentos

conflictos de la guerra cristera y hasta nuestros días la sierra siempre ha estado totalmente inmersa en los grandes cambios que marcaron la historia nacional. No se trata pues de ver a los huicholes actuales como portadores de una cultura fosilizada.

Al retomar la comparación establecida por el sabio *kawitero* y comparar los datos sobre los antiguos huistleños con los huicholes actuales, llegamos a conclusiones muy distintas según privilegiamos los datos propiamente arqueológicos o el estudio del arte. En el primer caso, las diferencias y similitudes son muy difíciles de ponderar, mientras que para el mundo de las ideas y de las imágenes, se reconoce una indudable afinidad.

Las diferencias más notables pueden ser atribuidas en cierto grado al condicionamiento más severo del medio en el territorio nuclear huichol con su relieve aún más accidentado que el de la región de Huejuquilla. Resalta en efecto una notable diferencia en cuanto al patrón de asentamiento. Mientras los huicholes viven mayormente en ranchos aislados, con aglomeraciones estacionales que en tiempos recientes tienden a ser permanentes, los antiguos asentamientos huistleños son netamente más amplios y densos. Esto se nota con claridad en el caso del Cerro del Pueblo cercano a Tenzompa.¹⁴ El plano que pudimos levantar (ver figura 3) al observar en la superficie los cimientos de cerca de doscientas construcciones en apenas dos hectáreas nos da la imagen de un pueblo muy ordenado, en el cual las casas y sus dependencias se organizaban alrededor de una serie de plazas que correspondían probablemente a unidades familiares. En otras partes, como en el paraje del Rincón San Vicente ya mencionado, en el pasado como ahora el problema del acceso al agua dispersó la población en conjuntos relativamente reducidos de casas alrededor de una serie de pequeños manantiales. Pero más allá de esta relativa dispersión, el alto número total de las casas antiguas resalta frente al de las pocas casas recientes.¹⁵

14. En el caso de los poblados de Tenzompa, La Soledad y San Nicolás, que fueron pueblos huicholes hasta los tiempos de Lozada, es difícil de ponderar en qué medida la relativa concentración de la población en pueblos permanentes se debió a un mayor control de la autoridad colonial o a cambios desde que gran parte de su población fue reemplazada por familias mestizas luego de la derrota de Lozada.

15. En años recientes, las familias del Rincón San Vicente dejaron el paraje para instalar sus casas junto al río, donde lo inhóspito del lugar se ve compensado por las facilidades que ofrece una carretera recién trazada.

Esta diferencia notable del patrón de asentamiento podría sin embargo ser más circunstancial que intrínseca a las dos sociedades que intentamos comparar. En efecto, una de las razones más poderosas que pueden haber llevado a los huistleños a vivir de manera menos dispersa que los huicholes actuales, ha de haber sido el estado latente de guerra en el cual vivieron gran parte de su historia. Esto está atestiguado por la evidente necesidad que tuvieron de protegerse, aprovechando de muy diversas maneras las defensas naturales que les proveía el relieve y aumentándolas a menudo con murallas y bastiones. A todas luces, resultaba indispensable establecer alianzas defensivas, agrupándose las familias en un mismo lugar o en ranchos muy cercanos unos de otros. Aún en el siglo xx la región conoció épocas de gran inestabilidad e inseguridad, con la revolución y luego la guerra cristera. Sin embargo, desde la época colonial, las condiciones políticas y los hábitos guerreros han cambiado considerablemente y la solución para protegerse ya no fue la de apeñolarse como lo hicieron los huistleños.

Otra diferencia marcada en los vestigios arquitectónicos parece ser más consustancial. En efecto, los huistleños disfrutaban de mecanismos sociales de reciprocidad para llevar a cabo trabajos comunes importantes, no solamente para levantar sus sistemas defensivos sino también para la dura labor de terracear el terreno, levantando muros y aportando relleno con el fin de asegurar a sus asentamientos estabilidad y control eficaz de la erosión. Más de mil años después de su abandono, la presencia de estas terrazas permitió la conservación de los antiguos cimientos mientras que los ranchos modernos después de una o dos generaciones de abandono desaparecen sin dejar prácticamente huellas. Actualmente, en las comunidades huicholas la labor comunal parece restringida a la construcción de los tukipa ceremoniales y la cohesión social no se traduce por estos importantes trabajos que a lo largo de los siglos fueron modelando el antiguo paisaje de los huistleños.¹⁶

16. Estas variaciones tan marcadas en la intensidad decreciente de trabajo común para levantar construcciones y modificar el paisaje se ven claramente expresadas en el caso de los santuarios chalchihuiteño, huichol colonial y huichol moderno, en las cumbres del Calpulalta que domina la Sierra de Tenzompa. Marie-Areti Hers. "Los santuarios huicholes en la Sierra de Tenzompa (Jalisco)". *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. México: UNAM, 1982, pp. 35-41.

Como ya señalamos, la importancia de la guerra y la manera de llevar a cabo los enfrentamientos han cambiado profundamente. Al respecto, es en la historia colonial de los coras y su guerra latente con sus vecinos huaynamotecas para proveerse de víctimas para el sacrificio, que podemos establecer paralelos. Como los otros pueblos chalchihuiteños, los huistleños al colonizar la sierra, no solamente trajeron de sus tierras de origen la milenaria tradición agrícola del maíz sino que, al juzgar por los tipos de defensas que adoptaron, se transformaron en temibles guerreros para protegerse de ataques repentinos, poco duraderos pero mortíferos. Con el tiempo, las hazañas guerreras fueron canalizadas en guerras floridas que proveían de víctimas para el sacrificio por extracción del corazón como lo ilustran imágenes grabadas en la roca. Las cabezas y otras partes de las víctimas eran expuestas públicamente bajo los rayos de la divinidad solar en los *tzompantli* o empalizadas que se levantaban en las plazas tal como fue el caso en el Huistle. Dos grandes santuarios de arte rupestre huistleño y el imponente paisaje en el cual fueron incorporados nos dan la pauta para entender el significado cosmológico que dieron los chalchihuiteños a su manera de canalizar la necesaria pero siempre peligrosa violencia de sus guerreros. Y cuando nos acercamos a las imágenes de los huistleños, las diferencias con los huicholes se desvanecen.

Al oeste del Huistle, el espectacular cañón del Sochite se abre al borde de la meseta que domina la barranca. En él, las aguas del río de Huejuquilla corren de oriente a poniente en las profundidades de la falla roja serpenteante y se pierden en la tierra para resurgir en manantiales calientes y luego confluir en el Chapalagana. Este imponente escenario natural sugiere con fuerza el eterno ciclo del curso del sol que recorre el cielo, descende al poniente para entrar en las entrañas de la tierra y resurgir vencedor al oriente. Al insertar en este espacio sus santuarios de arte rupestre e ilustrar en el eje vertical que organiza ambos conjuntos ese discurrir de la lucha entre la luz y la

17. Olivia Kindl. *La jícara huichola; un microcosmos mesoamericano*. México: INAH-UdeG. 2003 (serie Etnografía de los Pueblos Indígenas de México), p. 174.

18. Su género está indicado por el motivo de la vulva pegado al borde de su vestido.

19. Kindl, *op.cit.*, p. 168.

oscuridad, la vida y la muerte, el cielo y el inframundo, los huistleños transformaron el entorno natural en un paisaje sagrado donde el destino de los hombres está ligado al ciclo del universo y el sacrificio del hombre acompaña al sol en su lucha cósmica.

En el museo de Huejuquilla reproducimos uno de estos santuarios, el de Atotonilco, y proponemos una primera lectura de sus figuras. Al centro, un eje vertical ofrece una imagen elocuente de una cosmogonía que puede reconocerse a través del pensamiento huichol actual. A ras del suelo un personaje quedó apenas esbozado con un grabado muy somero como si se quisiera indicar que está adentro mismo de la montaña, que pertenece al inframundo. Arriba, una serpiente en forma de escalera culmina en un alacrán, ilustrando los escalones que ha de franquear el sol para vencer la oscuridad y salir triunfante al alba simbolizado por el alacrán, como enviado de *Tamatsi Paritsika*, Nuestro Hermano Mayor el Amanecer.¹⁷ Finalmente, en lo alto del panel, se yergue un personaje femenino¹⁸ muy grande. Toca con la mano un águila en vuelo, debajo de un arco formado por la repetición del motivo del ala que sugiere el vuelo del ave en su recorrido de este a oeste. En esta escena encontramos la ambivalencia del águila en la mitología huichola, puesto que la figura femenina podría ser *Tatei Wexikia Wimari*, Nuestra Madre Águila, que tiene el mundo entre sus garras, pero también podría tratarse de la madre del Sol y del curso triunfal del astro.¹⁹ Entre las otras imágenes del arte huistleño que se ofrecen en el museo *Tatuutsima*, resaltan las del sol asociado al alacrán frente a la de la luna acompañada del perro. Ambos pares de motivos dominan sendos paneles del otro santuario de Las Adjuntas y evocan claramente los ámbitos complementarios de lo masculino y lo femenino tal como se expresa en los mitos huicholes.

En un importante ensayo interdisciplinario sobre un conjunto de paneles de Las Adjuntas, se exploran las amplias afinidades entre estas antiguas expresiones y el pensamiento huichol actual, pero también su

inserción en el universo mesoamericano y en el de los indios Pueblo del Suroeste de los Estados Unidos.²⁰ El punto de partida es el análisis del eje vertical de la composición general de este gran biombo natural. En la base, una gran loza dispuesta al pie del acantilado presenta la imagen del lugar de emergencia y evoca tanto el *niérika* huichol como el *sipapu* hopi. En la parte alta, el vuelo del águila solar baja desde el zenit hasta el poniente y completa así la escenificación ya mencionada del sitio de Atotonilco. Entre estos dos extremos, en la pared rocosa se hacen presentes las etapas sucesivas del devenir de la humanidad.

Sin pretender agotar el complejo asunto de medir cuán cercana puede haber sido la cultura de los huistleños de la de los antiguos huicholes, hemos de detenernos todavía frente a dos esculturas encontradas a la entrada de un pequeño templo, en ambos lados de su escalinata. Su talla somera evoca la singular postura de una de las figuras más emblemáticas del mundo tolteca: el famoso *chac mool*, el oficiante cuyo cuerpo sirve de mesa para depositar ofrendas, el ser poseído que al hablar transmite las palabras de la divinidad. Es decir el personaje central por excelencia de un oráculo. Recordemos al respecto la importancia que tenía el oráculo de la Mesa del Nayar hasta la tardía conquista de 1722 y la existencia también de oráculos en tierras huicholas como el que se destruyó en la sierra de Tenzompa en el mismo siglo XVIII.²¹

En el siglo IX, tanto la región del Mezquitic-Bolaños como la de Huejuquilla, la de La Quemada y la del alto Suchil quedaron abandonadas por los mesoamericanos, en el marco más general de la contracción de la frontera norte de Mesoamérica. Algunos grupos se habrán internado probablemente sierra adentro, pero otros migraron hacia el sur, hacia la tierra de sus antepasados. Ahí, fueron conocidos en las fuentes históricas indígenas como los toltecas

20. Paulina Faba y Françoise Fauconier. "Arte rupestre chalchihuiteño y cosmovisión. Huichola". Carlo Bonfiglioli *et al* (eds.). *Las vías del Noroeste, 2: hacia una perspectiva sistémica de una macrorregión indígena americana*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, (en prensa).

21. José Arlegui. *Crónica de la Provincia de Nuestro Padre San Francisco de Zacatecas* (1737). México: Imp. de Cumplido, 1851, pp.158-160; Hers, *Los santuarios...*

22. La identificación de los huistleños y en general de los chalchihuiteños con los toltecas chichimecas es el tema central de una de las salas del museo *Tatuutsima* y ha sido abordado en diversos trabajos. Vid. Marie-Areti Hers. *Los toltecas en tierras chichimecas*. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, 1989; Beatriz Braniff y Marie-Areti Hers. "Herencias chichimecas". *Arqueología*. México: INAH, 2ª serie, 19, 1998, pp. 55-80.

23. Daniel Flores, Marie-Areti Hers y Antonio Porcado. "Sobre el trópico en un mar de lava: análisis astronómico, arqueológico e iconográfico en el septentrión mesoamericano". Bonfiglioli *et. al*, *Las vías del Noroeste*, 2...

24. Para las relaciones entre los antiguos pobladores de Michoacán, de la Sierra Madre y del Suroeste de los USA, ver los trabajos pioneros de Beatriz Braniff. "Diseños tradicionales mesoamericanos". Barbo Dahlgren y Ma. de los Dolores Soto (eds.). *Arqueología del Norte y del Occidente; Homenaje a J. Charles Kelley*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1995, pp. 181-209. Emil W. Haury. *The Hohokam Desert Farmers and Craftsmen; Excavations at Snaketown 1964-1965*. Tucson: The University of Arizona Press, 1976; para una revisión del tema a la luz de trabajos recientes en la sierra y en Michoacán, ver Carot y Hers, *op. cit.*

chichimecas fundadores de Tula y los uacusechas purépechas fundadores del imperio tarasco.²²

Ellos se fueron al norte

Ellos se fueron al norte, dejaron trazas de ello. En esta aseveración se empalman los recuerdos de dos eventos distintos: el abandono general ya mencionado de la región de Huejuquilla a finales del siglo IX y la salida de una parte de los huistleños hacia el norte varios siglos antes, alrededor del 600 de la era. La premura de nuestro encuentro con el sabio huichol no nos permitió elucidar cuáles habían sido las evidencias que le permitían afirmar que los huistleños se habían ido al norte. Pero sabemos que en efecto ocurrió esa migración de una parte de ellos y conocemos por lo menos una de estas "trazas" que dejaron de esta odisea.

Es muy probable que junto a otros grupos chalchihuiteños, familias huistleñas reanudaron en el siglo VII sus migraciones hacia el norte y participaron en la colonización de nuevas tierras, avanzando cuatrocientos kilómetros a lo largo de los valles orientales que flanquean la sierra duranguense y penetrando en la cordillera hasta ocupar las tierras altas y frías.²³ Diversos indicios sugieren que junto con ellos iban migrantes uacusechas. Sus exploraciones no pararon en la sierra duranguense. Algunos prosiguieron al norte y alcanzaron las tierras de los antepasados de los indios Pueblo del Suroeste de los Estados Unidos.²⁴ Además de lo que la tradición huichola puede haber conservado acerca de esta migración chalchihuiteña al norte, es probable que Alfredo Ponciano haya observado con atención expresiones del arte rupestre huistleño y más aún que se haya conservado la exégesis de algunas de estas imágenes. Una de ellas es una narración histórica particularmente elocuente.

Un poco apartado del conjunto que se extiende al borde del Chapalagana en el sitio de Las Adjuntas, el artista grabó tres escenas, que según el orden de lectura acostumbrado en el arte rupestre huistleño, pueden

leerse de abajo hacia arriba (ver figura 4). Se narra así una migración y una conquista. Tres personajes se enfilan hacia el norte, guiados por el primero que enarbola un bastón. Encima, un personaje importante agarra, victorioso, la cabeza de un individuo al punto de caer. Podríamos leer el conjunto como *Migramos al norte y conquistamos pueblos*. Dominando el conjunto, otro personaje encorvado toca la flauta. Este flautista, junto con una serie de personajes similares presentes en una serie de sitios de arte rupestre a lo largo del territorio chalchihuiteño, está en relación directa con lo que están buscando los principales hopis en su peregrinar tras las huellas que dejaron en las rocas los clanes que según la tradición procedieron de un lejano sur. Como es bien sabido, el flautista es una de las figuras más importantes entre los indios Pueblo de ayer y de hoy, en particular entre los hopis para quienes está directamente asociada a sus tradiciones de migración.²⁵

Acaso, un día habrá de repetirse un encuentro entre autoridades hopis y huicholas, y frente a este panel de Las Adjuntas se retomaría el diálogo iniciado acerca de sus respectivas tradiciones y memorias de los orígenes. Quizás, también, habrá más oportunidades para un diálogo que permita trascender las divisiones entre la disciplina arqueológica, la historia del arte y el saber ancestral. Por ahora, este fugaz y azaroso encuentro dio una innegable aportación para penetrar en la antigua historia de la Sierra Madre.

25. Marie-Areti Hers, "La música amorosa de Kokopelli y el erotismo sagrado en los confines mesoamericanos". Arnulfo Herrera (ed.). *Amor y desamor en las artes*. México: UNAM, 2001, pp. 293-336. En este ensayo cometí el error común de llamar Kokopelli al flautista, error que muy atinadamente ha corregido Ekkehart Malotki. *Kokopelli; the Making of an Icon*. Lincoln: The University of Nebraska Press, 2000.

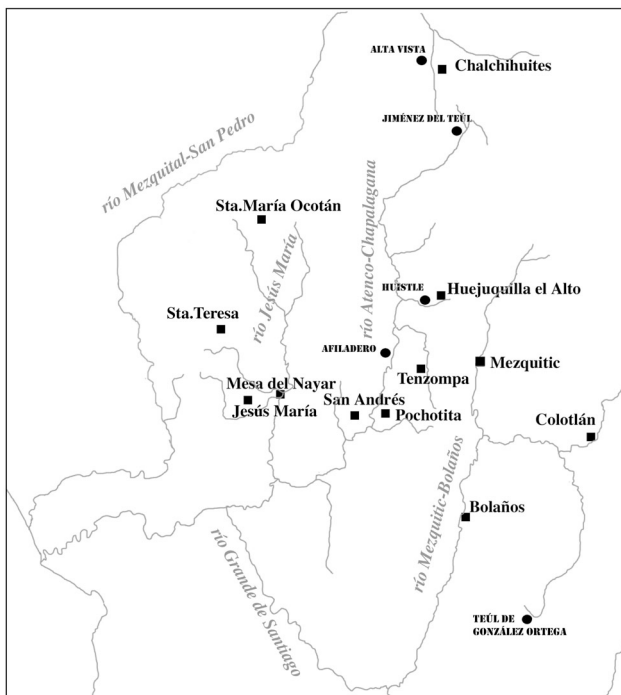


Fig. 1. Mapa de la región. Dibujo de M-A Hers.

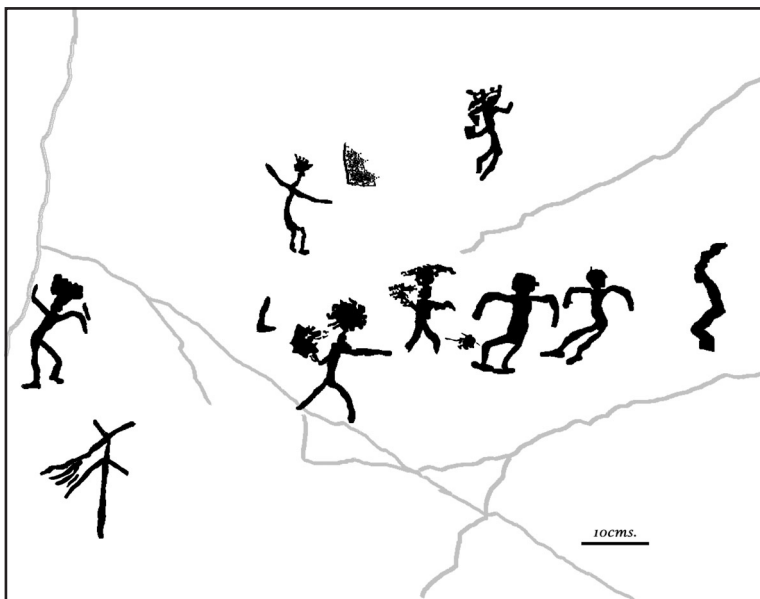


Fig. 2. Escena de juego de pelota. Grabados del sitio de Las Adjuntas. Dibujo de M-A Hers.

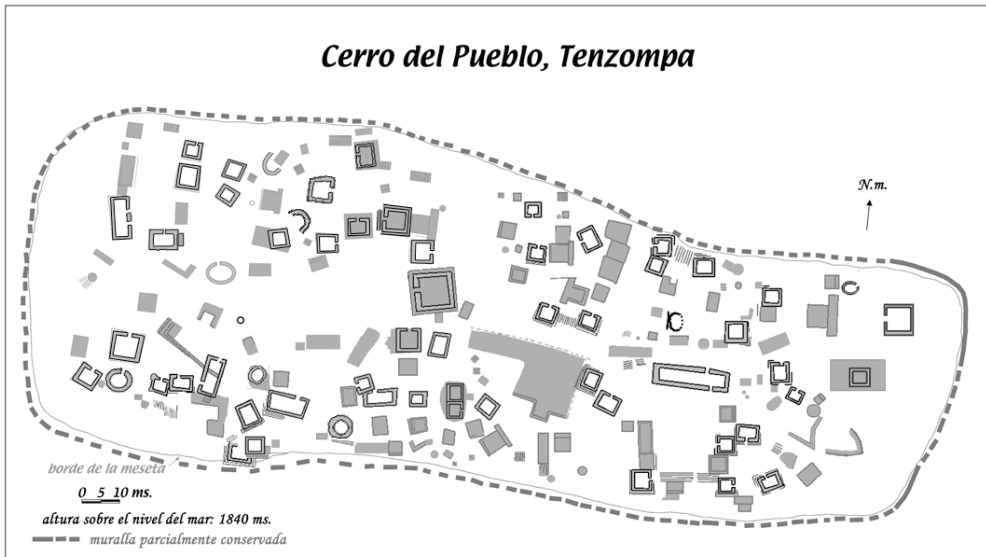


Fig. 3. Plano del Cerro del Pueblo, Tenzompa. Levantado por Michèle Callut, Claudine Deltour y Marie-Areti Hers.

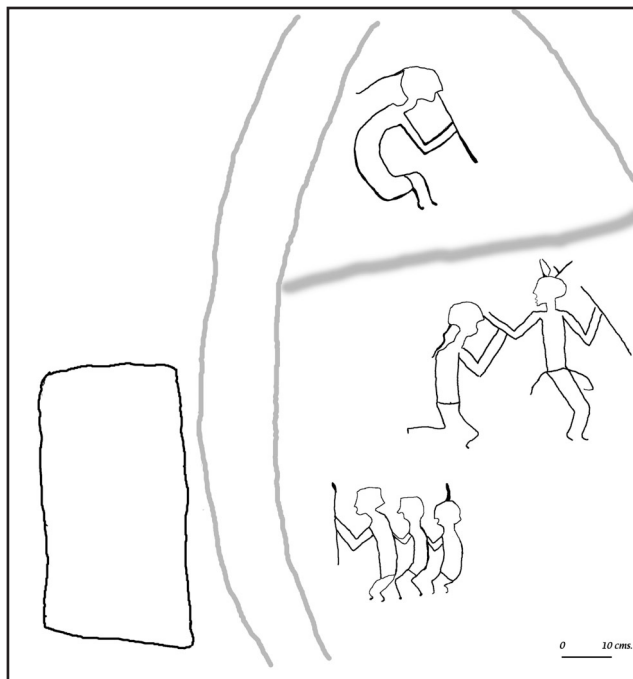


Fig. 4. Grabados del sitio de Las Adjuntas. Dibujo de M-A Hers.